

TÍTULO: LA PARTE

PSEUDÓNIDO: RAQUEL HERNÁNDEZ ALLENDE

Tan pronto crucé el umbral de la puerta, allí me esperaba el hombre triste.

—Buenos días, padre, me dijeron que quería usted verme — dijo Don Atilano sentado en su sillón, con los pies sobre la mesa y ambas manos ocupadas, una de ellas en su puro y la otra en su bigote. Don Atilano era un hombre bruto, dueño de la mayor hacienda del pueblo, cuya mejor facultad era la de oír, y la peor, la de escuchar.

—Así es, y creo que usted ya sabe el porqué. Necesito de veras que retire la denuncia sobre Manuel, como bien sabrá no se puede permitir una causa más.

—Me sorprende usted defendiendo el robo. ¿Acaso a Dios le agrada que a un hombre honrado un ladrón le robe gallinas en mitad de la noche dentro de su finca? Y créame que no me gustaría reportarlo, pero si dejásemos sin castigo a ese infeliz, ¿qué ejemplo de orden daríamos a todo el pueblo? Dígame, padre, ¿qué sería lo siguiente?

— Don Atilano siempre se empeñaba en enmascarar de paternalismos todos sus discursos, al fin y al cabo, dentro de este pequeño reino, que era el pueblo, él era el rey.

—Tiene usted razón, a Dios no le agrada el robo, pero aún menos que su pueblo pase hambre, Don Atilano. Yo no les puedo alimentar solo el espíritu, necesito que llenen los estómagos, porque de lo contrario tendremos bestias. Bestias que ven morir a sus hijos de frío.

—O sea, ¿de alguna forma está usted intentando excusar lo que ha hecho? — Don Atilano torció el gesto, arrugó su cara y bajó los pies de la mesa, como si mis palabras de modo alguno le hubiesen faltado al respeto.

—Yo no soy quién para excusar a nadie. Me niego a reconocer la culpa más allá de mí mismo. ¿Qué estamos haciendo mal, Don Atilano, para que un padre salte un prado y robe una triste gallina para dar de comer a su hijo?

—Ya sabe, padre, que sus cuentos de revolución tienen derroteros peligrosos y si llena la cabeza de esos pobres de fantasías e inventos, habrán de pagar caro el precio. Hágase un favor, límitese a la misa, que es lo suyo, que los demás nos limitaremos a lo nuestro.

—Me encantaría dedicarme exclusivamente a mi ministerio — reproché, — pero me temo que para eso necesitaría que ustedes atendiesen con mayor entusiasmo mis sermones. A veces, como usted bien sabe, la palabra no basta.

—Padre, creo que esta conversación se ha quedado estéril. No retiraré la denuncia sobre Manuel, porque así me lo exige mi conciencia y el imperio de la ley en el que vivimos actualmente. Aun así, permítame que le invite a reflexionar de qué lado se encuentra usted. Sería muy desagradable para nosotros, los hombres honestos, encontrarle fuera de nuestro seno.

—Don Atilano, yo solo estoy del lado de Dios. Y este es un error muy común entre los “hombres honestos” que confunden la omnipresencia del Señor pensando que Éste está en todos lados. No se equivoque, Dios solo está en un lado, el lado de los que sufren. Su omnipresencia se reduce a estar allí donde haya dolor, y yo, en mi humilde ejercicio, le intentaré imitar con las limitaciones obvias que tengo por ser de carne y de hueso. Por tanto, interpreto su invitación como una manera amable de abandonar a mi pueblo y créame cuando le digo que Dios nunca abandonaría a uno de sus hijos por una gallina.

Noté, que visiblemente molesto, se giraba para no prestarme ni un minuto más de su tiempo. Entonces, yo también me giré y me dispuse a cruzar el umbral de la puerta sin despedirnos. De camino a mi Iglesia no paré de pensar en Manuel. También me acordé de los del 25 de marzo y en cómo Don Atilano sufría con el recuerdo de aquella jornada en la que por primera vez conoció la justicia. Actuaba con mayor ira desde entonces ante cualquier episodio dentro y fuera de su hacienda. Donde solo había un robo de una gallina, él veía la mecha de una revolución francesa que apagaba a pisotones de manera inmediata.